

Historia de las apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe en dibujos



HISTORIA DE LAS APARICIONES DE LA
SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE
EN DIBUJOS

1a. edición, mayo de 1981: 200,000 ejemplares.
2a. edición, agosto de 1987: 120,000 ejemplares.

Texto: Rafael Moya García.
Trazo: Wifredo Guinea, S.J.
Color: Antonio Serrano, S.J.

Imprimatur:
Manuel Pérez Gil,
Ob. de Tlalnepantla.

Se terminó de imprimir esta 2a. edición el día 15 de agosto de 1987, festividad de la Asunción de María, en los talleres de Offset Multicolor, S.A. Calz. de la Viga 1332. México, D.F. El tiro fue de 120,000 ejemplares.

Derechos (c) reservados a favor de la OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A.C. Orozco y Berra 180. Sta. María la Ribera. Apartado M-2181. 06000 México, D.F. 1987.

Dedicamos esta edición a la Reina de México, Emperatriz de América, Santa María de Guadalupe, que se dignó venir a México.

Hecho en México

OBRA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA, A.C.
Apartado M-2181 06000 México, D.F.
Orozco y Berra 180. Sta. María la Ribera
Orizaba 37. Altos. Col. Roma.
Tels. 5-46-45-00 y 5-35-55-89

No muchos años antes de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe en el Tepeyac, los habitantes del valle del Anáhuac seguían guerreando unos contra otros, con el único fin de tomar prisioneros para sacrificarlos al Sol-Huitzilopochtli, que era el dios que había convertido a los aztecas en su pueblo elegido. Vestidos de águilas y tigres, los aztecas luchaban por someter a todos los hombres a su dios.



Los aztecas pensaban que los hombres debían ayudar al dios-Sol proporcionándole sangre por medio de los sacrificios humanos, a fin de que pudiera luchar contra la Luna y las estrellas y vencerlas todos los días. Estaban persuadidos de que cada prisionero sacrificado al Sol, lo alimentaba y fortalecía en el divino combate.



Pero a partir de la llegada de los primeros misioneros, apenas un año después de la conquista de Tenochtitlan, y gracias a la predicación del Evangelio y al ejemplo de aquellos frailes que con tanto amor, dedicación y desinterés se entregaron a su educación, aquel pueblo idólatra y guerrero empezó a convertirse al Dios verdadero y a pedir el bautismo.

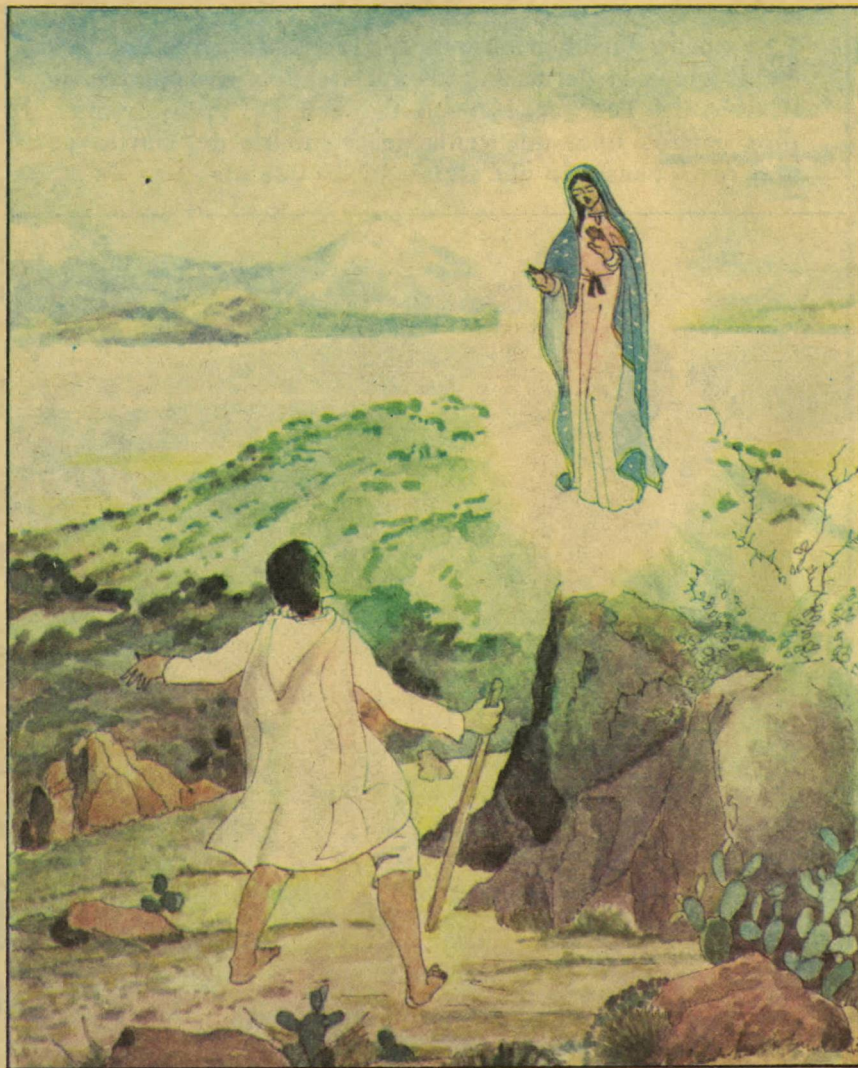




Entre los primeros que se bautizaron, había un hombre sencillo y modesto llamado Juan Diego. Había nacido en Cuautitlán, pero vivía en Tlupetlac con su tío paterno Juan Bernardino y desde allí iba todos los sábados hasta Tlatelolco para asistir a la Misa de Nuestra Señora y a la doctrina cristiana.

El sábado 9 de diciembre de 1531, cuando Juan Diego se dirigía muy de madrugada a Tlatelolco, al pasar junto al cerro del Tepeyac, escuchó algo como el canto de muchos pájaros finos que venía de la cumbre del cerrito y se detuvo, pensando qué sería aquello que oía.





De pronto oyó que lo llamaban y le decían: “Juanito, Juan Dieguito”. Al llegar a la cumbre, vio a una Señora muy hermosa que le dijo: “Juanito, el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?”. El le respondió que iba a México Tlatilolco, “a seguir las cosas divinas que nos enseñan nuestros sacerdotes, delegados de Nuestro Señor”.

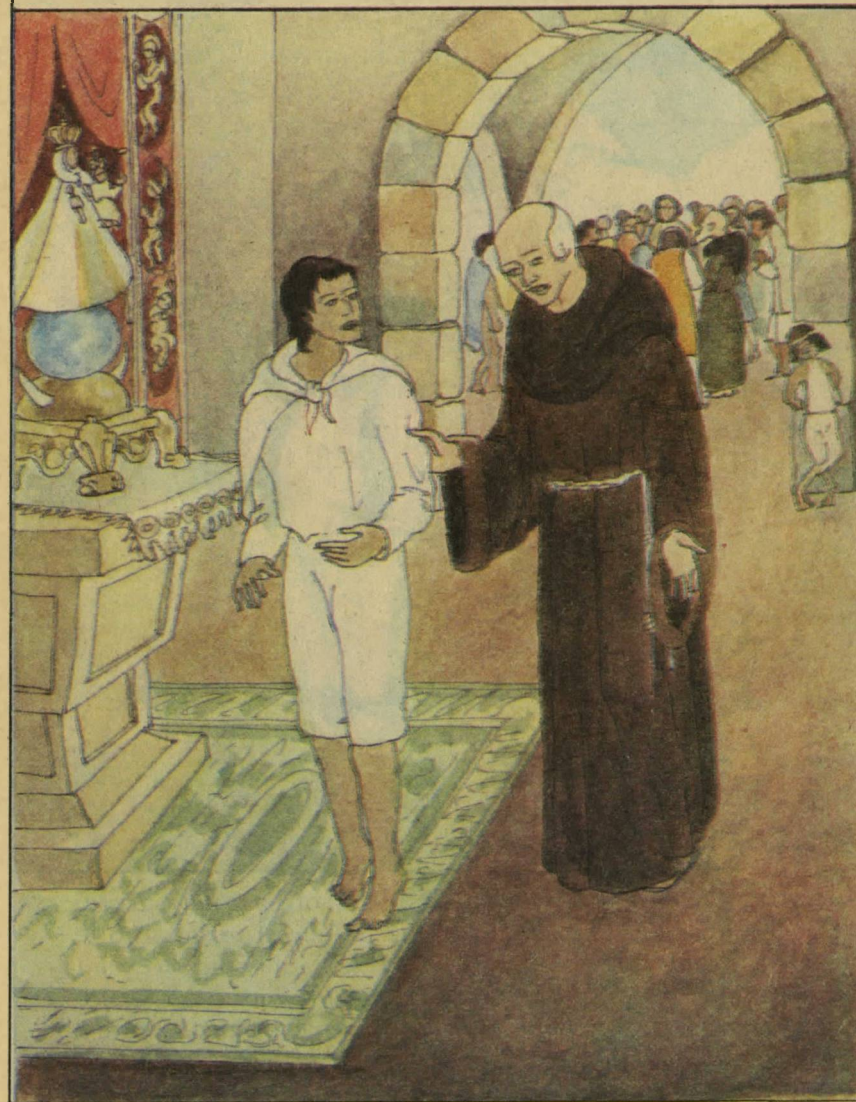
Entonces la Señora le dijo: “Yo soy la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por quien se vive. . . Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y dar mi amor, compasión, auxilio y defensa a todos ustedes”. Y le dijo que fuera a ver al obispo.

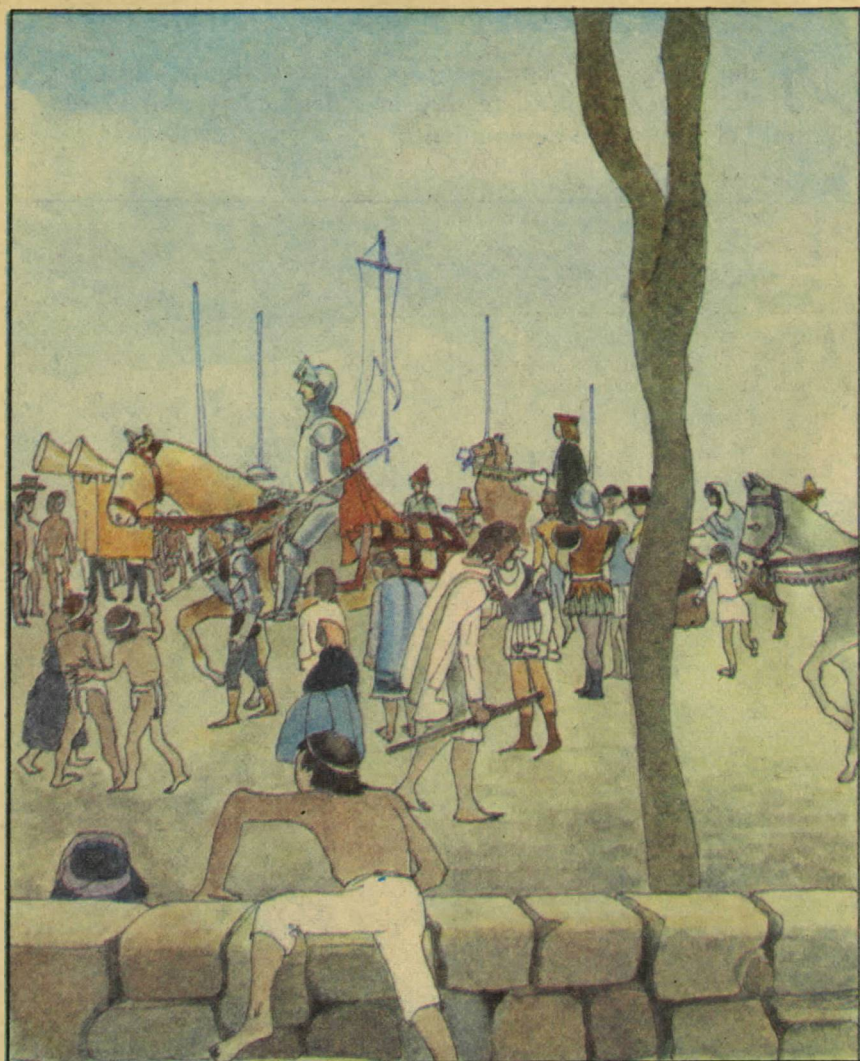




Cuando llegó a donde estaba el señor obispo, Juan Diego se arrodilló y, enseguida, le dio el recado de la Señora del Cielo y le contó todo lo que había visto y oído.

Juan Diego oyó con atención lo que le dijo el obispo: "Otra vez vendrás, te oiré más despacio y examinaré todo el asunto con detenimiento".





Juan Diego salió del palacio del obispo muy triste, porque se había dado cuenta de que el prelado no le había creído nada de todo lo que le había contado y no había hecho caso del mensaje de la Señora del Cielo. Atravesó las calles de la ciudad y se dirigió directamente a la cumbre del cerro del Tepeyac.

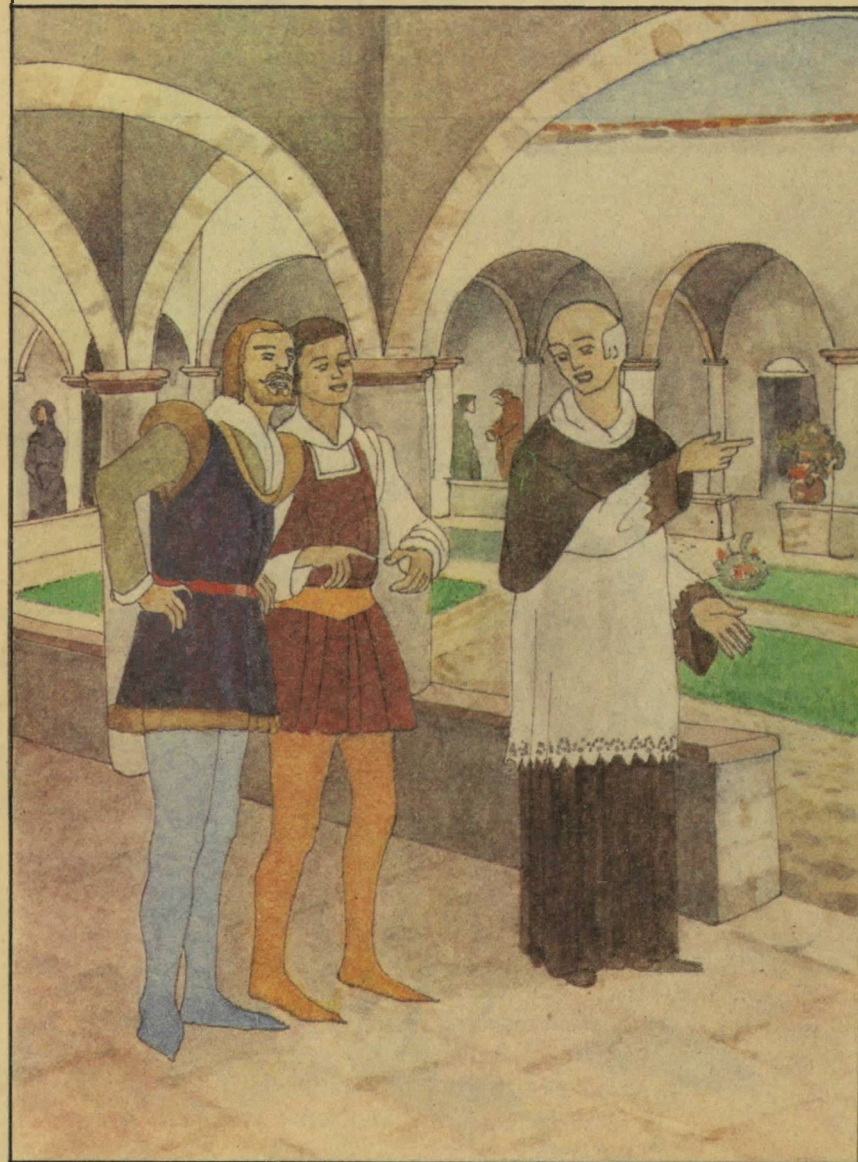
Ahí lo estaba esperando la Señora del cielo. Al verla, se postró ante ella y le contó que había ido a ver al obispo, que le había dado el mensaje, pero que no le había creído y que, por favor, enviara mejor a alguno de los principales, conocido, estimado y respetado, porque él, Juan Diego, no era nadie ni valía nada. La Señora del cielo le pidió y le mandó que al día siguiente fuera a ver otra vez al obispo.



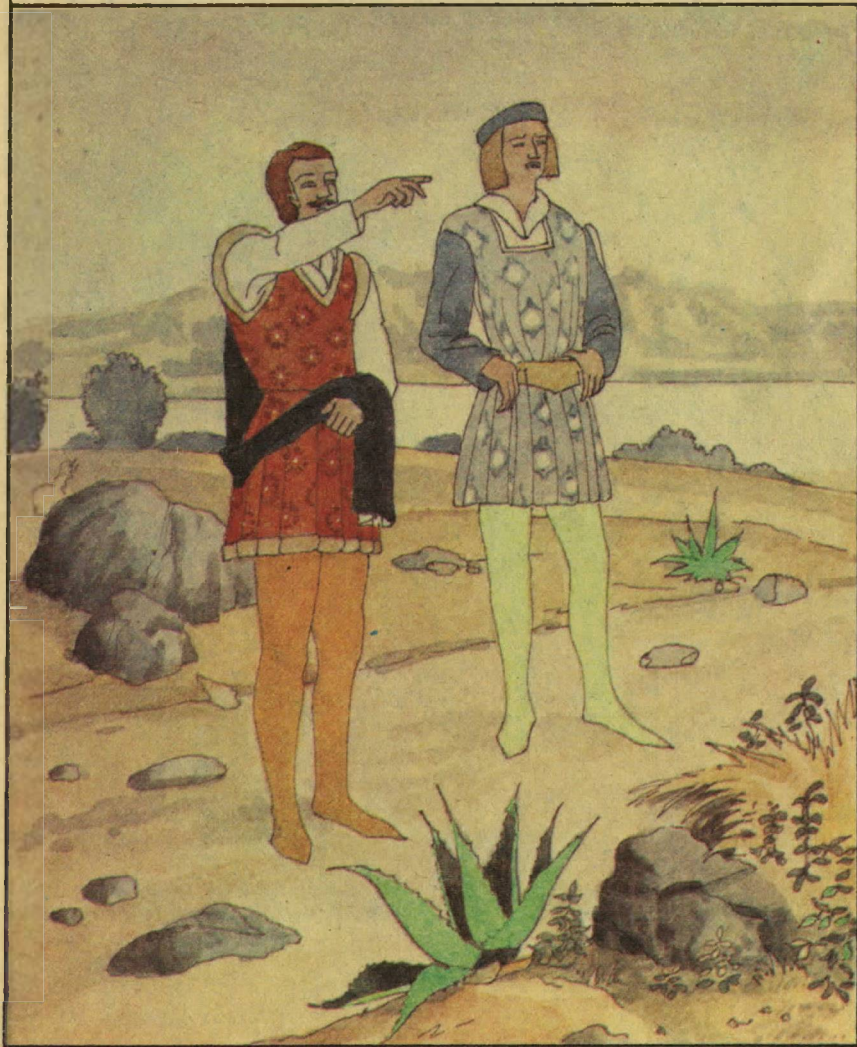


El domingo, después de misa, Juan Diego se fue al palacio del obispo. El obispo le dijo que necesitaba una señal para creerle.

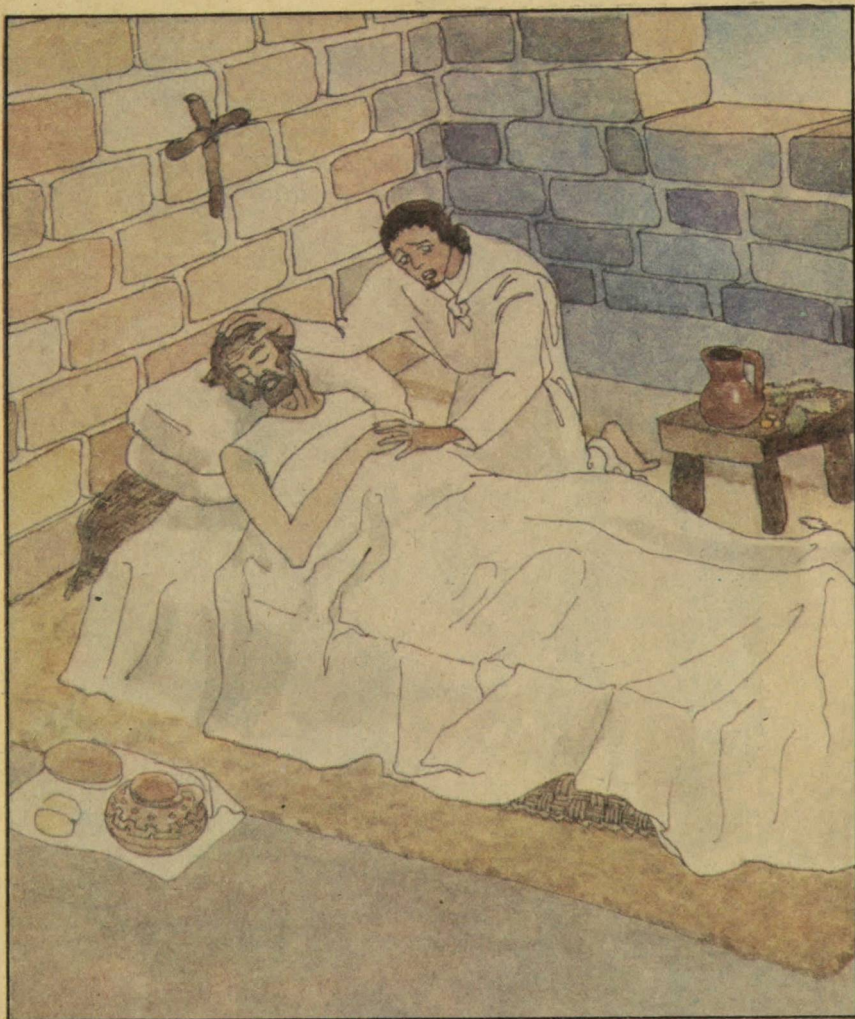
El obispo lo despidió y mandó inmediatamente a algunas de las personas de su confianza que lo fueran siguiendo para ver con quién hablaba y a dónde iba.



Donde pasa la barranca, cerca del puente del Tepeyac, los que iban siguiendo a Juan Diego, lo perdieron de vista y, por más que lo buscaron por todas partes, no lo encontraron. Muy enojados, regresaron al palacio del obispo para informarle y decirle que no le creyera nada.



Juan Diego llegó a donde lo esperaba la Virgen y le dijo que el obispo quería una señal. La Virgen le respondió: "Bien está, hijito mío, volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te ha pedido".



Cuando Juan Diego llegó a su casa, se encontró con que su tío Juan Bernardino se hallaba muy grave. De modo que al día siguiente, en vez de ir a donde la Señora lo esperaba, fue por un médico. Por la noche, Juan Bernardino le pidió que al amanecer se fuera a Tlatelolco a llamar a un sacerdote para que lo confesara y lo preparara a la muerte, pues estaba seguro de que se iba a morir.



El martes, muy de madrugada, salió Juan Diego hacia Tlatelolco para ir por el sacerdote. Al llegar al Tepeyac, pensó que si seguía por el camino de siempre, lo iba a ver la Señora del cielo y lo iba a detener para que le llevara al obispo la señal. De modo que dio la vuelta al cerro, subió por otro camino y pasó al otro lado, para llegar pronto a México y que no lo entretuviera la Señora.



Aun lado del cerro la Virgen le salió al encuentro. Juan Diego le contó que iba con mucha prisa a traer a un sacerdote que confesara a su tío. La Virgen le dijo que su tío ya estaba curado y que subiera a la cumbre del cerro a cortar unas flores.



Juan Diego subió al cerrillo y, cuando llegó a la cumbre, se quedó asombrado de que allí hubiera tantas rosas, porque no era tiempo de ellas y, además, hacía mucho frío. Luego empezó a cortarlas y las echó en su ayate.

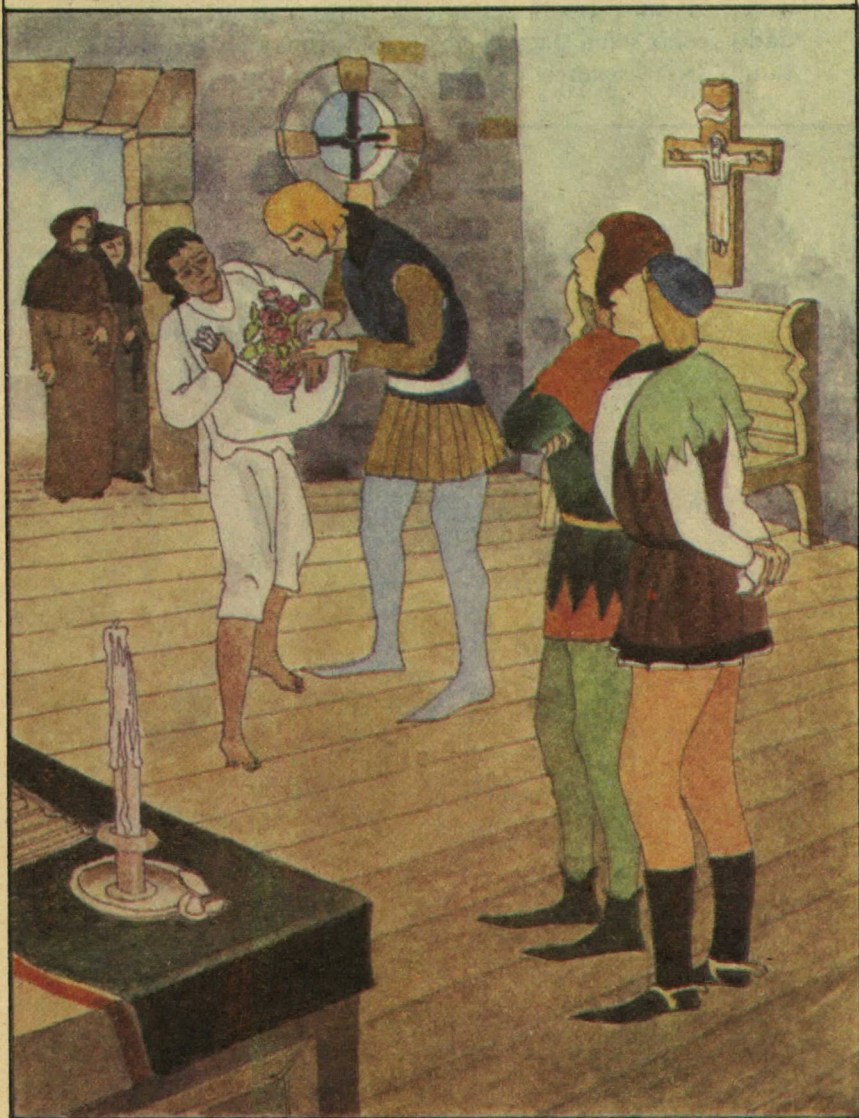
La Virgen cogió las flores con su mano y luego las puso de nuevo en el regazo de Juan Diego y le dijo; "Hijo mío, el más pequeño, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo".



Luego de esto, Juan Diego se puso en camino por la calzada que iba derecho a México. Iba muy contento y estaba seguro de que todo saldría bien. Llevaba con mucho cuidado, apretadas contra el pecho para que no se le fuera a caer ni una, las flores que la Señora del cielo le había dado como señal para el obispo. Por el camino iba disfrutando de la fragancia de aquellas rosas.

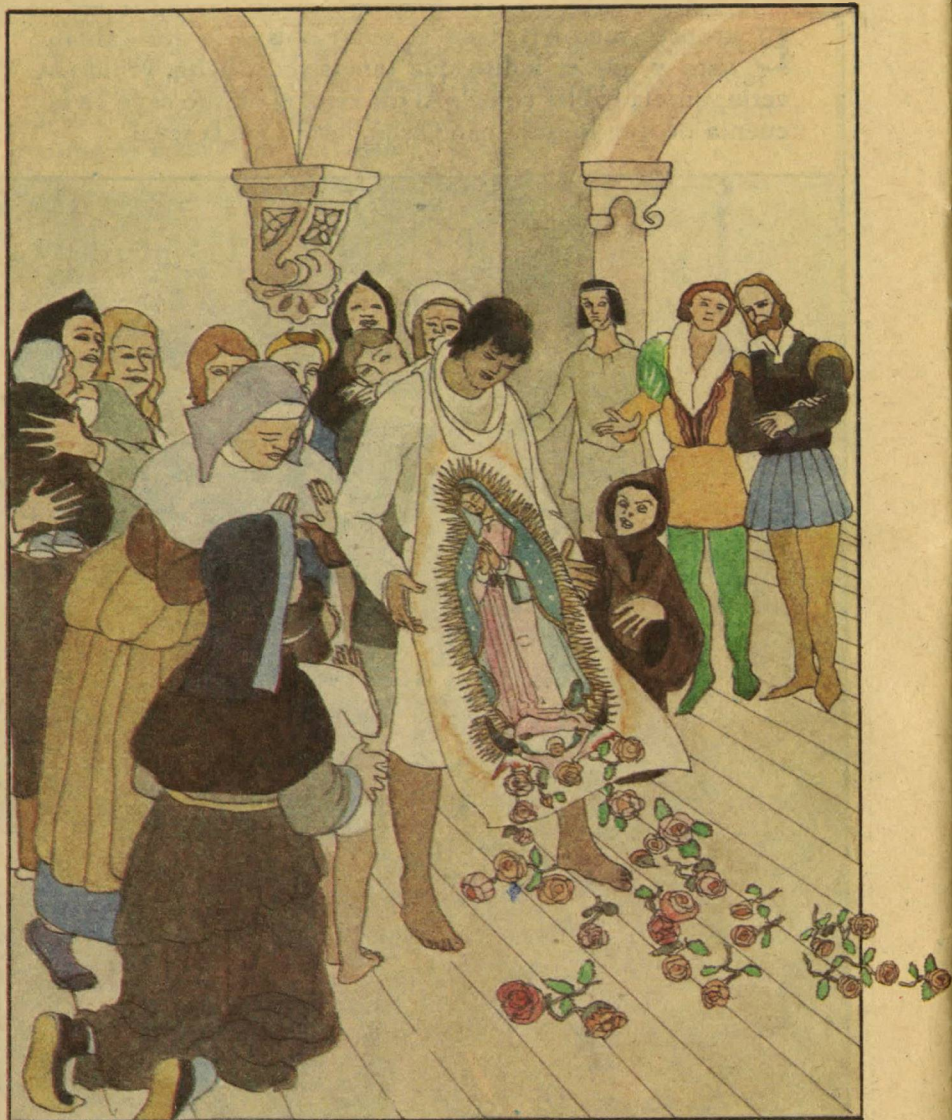


Al llegar al palacio del obispo, los criados se acercaron para ver qué era lo que traía. Al ver que eran rosas, quisieron coger algunas, pero no pudieron porque parecían como si estuviesen pintadas.

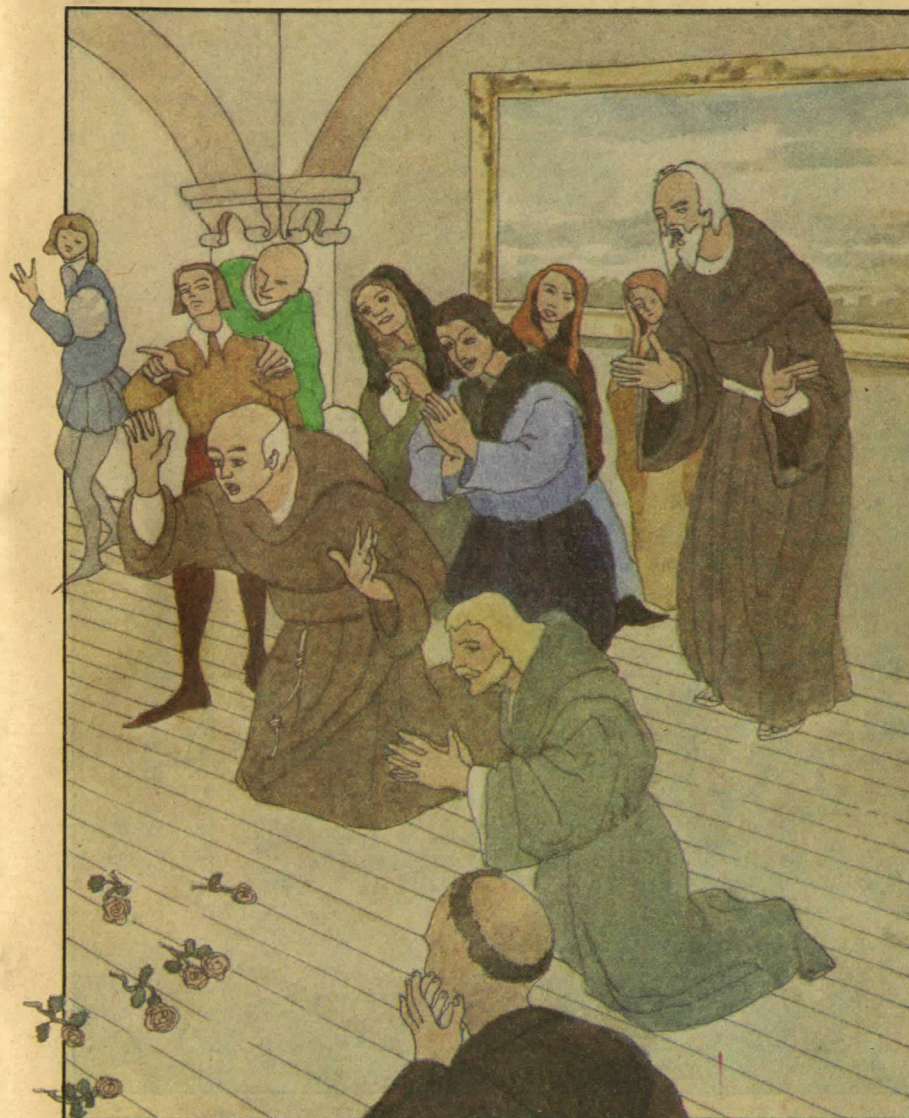


Entonces fueron a decir al señor obispo lo que habían visto y que el indito que tantas veces había venido a verlo, quería hablar con él. Al oír esto, el obispo cayó en la cuenta de que lo que Juan Diego llevaba era la señal.





Juan Diego entró, le contó que había hecho todo lo que él le había ordenado y que le había dado a la Señora su mensaje. Al desplegar su ayate, las rosas se esparcieron por el suelo.



Y en él apareció de repente, dibujada, la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, de la manera que está y se guarda hoy en su templo del Tepeyac.

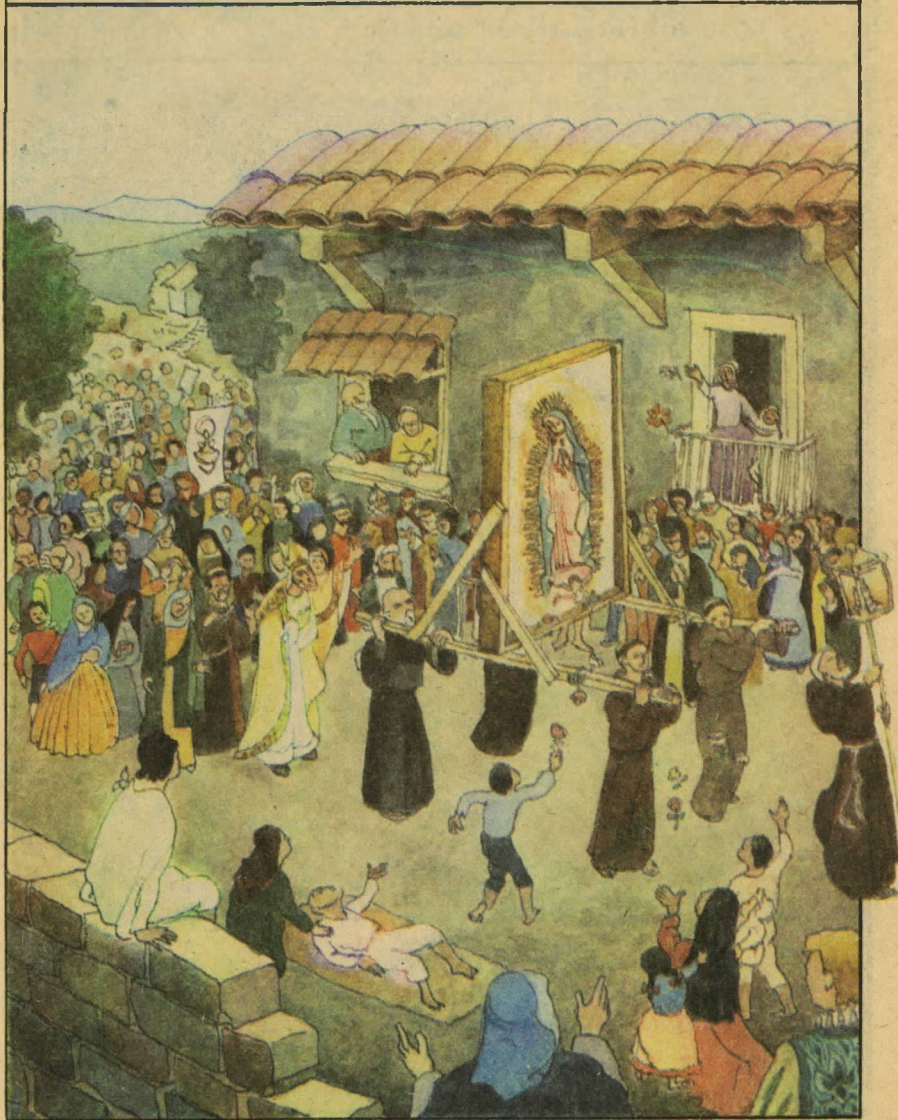


Después, el obispo desató del cuello de Juan Diego, el ayate en el que se dibujó y apareció la Señora del cielo y se lo llevó para ponerlo en su oratorio. Ese día Juan Diego se quedó en la casa del señor obispo.

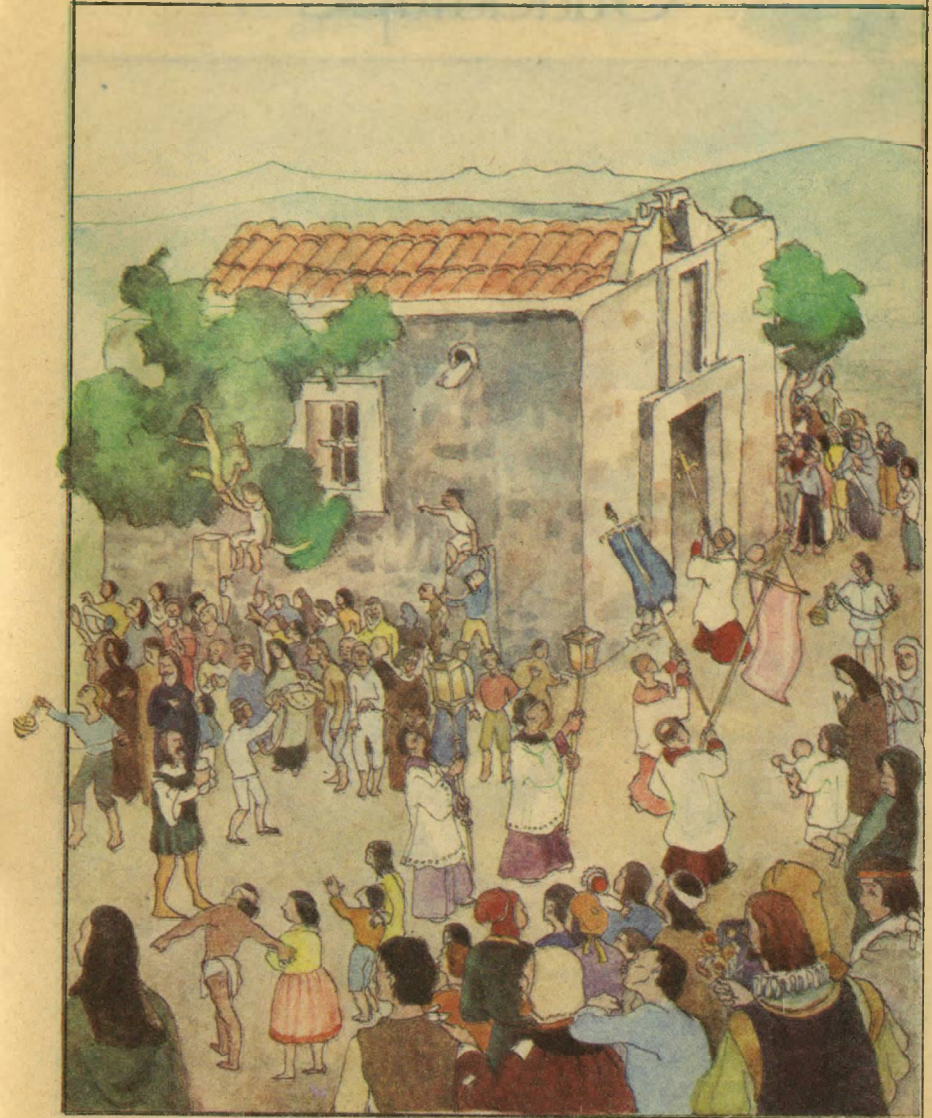
Cuando Juan Diego le contó a su tío Juan Bernardino que al ir por el sacerdote para que viniera a confesarlo, la Señora del cielo se le había aparecido y le había dicho que no se afligiera, porque su tío ya estaba sano, éste le dijo que sí era cierto, que en ese mismo momento la Señora se le había aparecido también a él.



Del oratorio de su palacio, el obispo trasladó la bendita imagen de la amada Señora del Cielo a la Iglesia Mayor, para que toda la ciudad la viera y la admirara. La ciudad entera se conmovió.



Ahí permaneció hasta el 26 de diciembre, en que fue trasladada solemnemente, en medio del júbilo indescriptible de la gente, a la primera ermita que se le edificó al pie del cerro del Tepeyac.



la Santísima Virgen de Guadalupe

